

## LA CALLE REAL

Sobre esta misma tierra plana, corrió la calleja del poblado indígena. Seguramente. Y antes de que los soldados de Puelles tendieran sobre esta parte del regazo de Madre América sus cordeles opresores, paseó por esta calle –tortuosa y libre– la planta rojiza del cacique. De las chozas –oro viejo bajo el sol espléndido– salían las caras curiosas de los súbditos. Las faces cobrizas se pegaban al suelo ante la nariz altanera del cacique que olfateaba enemigos en el viento destemplado del Norte...



*Calle García Moreno y Atrio Municipal – Año 1935*

Pero los enemigos vinieron del Sur... ¿Ultima vez? Pidieron oro. Asombraron su empequeñecimiento gregario de siglos con el revuelo de su pabellón de codicia. El indio no ambicionaba los bienes de la tierra. El blanco le trajo ese hostil y envilecedor señuelo. Y con él todas las fiebres, los crímenes de la civilización de Occidente, disfraz –más o menos culto– del afán áureo y el miedo a la lejanía... El dios indio era visible. Esos barbudos que manejaban el rayo, hundieron en el temor de lo ignoto a la raza desprecupada, que desconoció la tortura del ayer y del mañana,

tejiéndole la red afligente del ahora. Comenzaron a pesar la tradición y el porvenir. Una tradición de crueldad, miseria, chatura y cicatería. Un futuro de incertidumbre, de vaguedad, de nébula. De lo que hasta aquí no nos libramos para vivir nuestro Hoy. Nuestro hoy que puede ser con luz.

Después la misma calle libre se bordeó de casas extrañas. Las casas españolas. Con su grande y fresco zaguán, su enorme patio y el naranjo florido al centro. Las amplias casas castellanas de encalado coquetón. Caras de Pierrots. Interiores conventuales.

Esas mansas casitas se crisparon un día. Amanecer trágico. Se doblaron fatigadas las paredes y se tendieron en la vía.

1868. La Calle Real perdió su rectitud castiza.- Los escombros la orlaron de tristeza. Durante muchos días, murallones desarticulados, techos abiertos, lastimosos, puertas vencidas, exhibieron su laceria...

La ciudad muerta se quedó vacía de su sangre humana. Por sus arterias obstruidas ambulaban solos los canes famélicos, sacerdotes de las ruinas... Sobre la colina, sobre Reyloma, las telas blancas de las tiendas de los sobrevivientes, albergaron la esperanza.

Renació la villa diminuta. Su corazón era potente. Fluyó de nuevo la vida de su Plaza Mayor. La Calle Real -aorta antiquísima- vibró de nuevo con un tenue pulso vital. Estiró nuevamente la ambición de su recta implacable que nace del vientre de Mojanda y va a perderse en la llanura. Las casitas lechosas se levantaron. Tímidas al principio. Recelosas, apenas se apartaron del suelo. Olvidaron luego el riesgo y crecieron. Más altas y más pulcras. Para recibir la caricia del sol eterno en sus paredes limpias.

Otra vez, rúa apacible. De movimiento lento y acompasado.

La capa del señor Corregidor se perdió... De las esquinas oscuras emigró "la viuda". La mula infernal dejó de hacer oír el

bailoteo de sus cascos y el olor de sus resoplidos de azufre en las noches de conjunción... La luz eléctrica rasgó las sombras. La fauna de tiniebla –tan encantadora, tan propia– se fugó avergonzada.

Sobre las piedrecillas redondas, lisas, lustrosas, ríe el sol –miel y salud– durante las horas diurnas en que la Calle Real trabaja, se afana, convierte sus casitas risueñas en celdillas de una viva colmena.

De noche, sobre ellas mismas, juega la luz azulada de la luna con la culta, despótica, fastidiosa de los focos... La Calle Real. Jardín del ensueño balbuciente. Primer balcón del mundo para nuestros ojos maravillados. Calle Real. Senda florida que va perdiendo su encanto romántico para volverse calle de comercio, calle industrial...

"Imbabura" Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.